

HA MUERTO A LOS CINCUENTA Y UN AÑOS, EN PLENA JUVENTUD DE ARQUITECTO, INSACIABLE EN SU AFAN DE ENSAYAR TODO, DE PROBAR todos los sistemas y soluciones, de inventar sin miedo a las consecuencias. No fue la autocrítica su virtud característica, ni por tanto fue para él ese freno paralizador que ha anulado a otros demasiado reflexivos. La alegría de crear, libremente, la alegría de las cosas nuevas, es la nota común de sus obras tal como las ve el que, con esta ocasión de su muerte, recorre rápidamente las revistas de arquitectura de estos años últimos en busca de sus trabajos.

Era finlandés, hijo del también famoso Eliel Saarinen, quien con motivo del célebre concurso para la construcción del «Chicago Tribune» se trasladó con su familia hacia 1923 a Estados Unidos y allí se quedó —y murió hace pocos años—, a pesar de no haber ganado el primer premio (éste recayó en un proyecto gótico, que ha llegado a ser la silueta típica de Chicago, algo así como la Cibeles en Madrid). Eero, aunque finlandés, nunca mostró esa frialdad y contención que nos parecen típicas de los nórdicos. Su arquitectura es exuberante, extrovertida, como si fuera la de un maestro barroco. Nunca sintió esos «complejos» que hacen a tanto arquitectos de hoy huir de la monumentalidad a estilo siglo XIX, y que se arredran ante la posibilidad de hacer edificios imponentes y simétricos. Saarinen, en su Embajada de Londres, no se arredró, y ahí dejó su obra expuesta a las críticas que hoy suelen sufrir edificios de este género. Algo parecido hizo en Oslo, y en ambos casos se aplicó con su habitual entusiasmo a componer fachadas en bajo relieve, como hubiera hecho cualquier arquitecto del Renacimiento o del Barroco cuando proyectaba la fachada de un palacio. Nada de composición espacial, tridimensionalismo, etc. Sólo un plano con salientes más o menos abultados; más bien a la manera de Borromini —que menos— a la de Brunelleschi.

Lo espacial, en cambio, es su preocupación en los grandes

aeropuertos; en ellos la composición es esencialmente tridimensional, hasta el extremo de no poderse expresar bien en planos. Esto vale tanto si se trata de una cubierta colgada, la del aeropuerto de Dulles, en Washington, como si es un conjunto abovedado, en Idlewild (TWA), «el gran pájaro», o si es una cosa más rara: el animal prehistórico que forma la cubierta del Hockey de Yale. En el caso de Idlewild las formas de los soportes son como de Gaudí, pero a escala gigantesca.

En todos los campos de la arquitectura dejó su huella Saarinen. Son famosos sus laboratorios, de los que el último es el colosal —tan conocido— de la IBM, en Yorktown Hights, cerca de Nueva York, caracterizado por su forma curva. Hizo obras muy interesantes en universidades, casi todas del estilo usual de metales y cristal, excepto el curioso intento de medievalismo romántico —como un gran castillo de macizos muros— en la de Yale (1959). El gran centro técnico de la General Motors es ya conocido como una de las cumbres de su carrera. En la actualidad, era uno de los arquitectos del Lincoln Center, en Nueva York.

Rascacielos, oficinas, viviendas, etc., hizo igualmente y con la misma variedad en el enfoque de cada problema. Uno de sus proyectos más notables es el de un vestíbulo rodante, como un salón sobre ruedas, para enlazar en los aeropuertos el vestíbulo normal con las cabinas de los aviones. Ultimamente estaba realizando estudios de bóvedas y cubiertas colgadas, investigando toda clase de formas tridimensionales. Su taller, según las fotografías que se han publicado, se estaba pareciendo al que dejó Gaudí a su muerte. Tal era el modo de trabajar de este entusiasta arquitecto, dominador, y no siervo de la técnica, quizá más dionisiaco que apolíneo, que dejó dicho: «Arquitectura no es simplemente cumplir la necesidad humana de cobijarse, sino satisfacer la creencia humana en la nobleza de su existencia sobre la tierra.»

«Eero Saarinen».
Revista Nacional de Arquitectura.
Madrid.
Noviembre de 1961.
Número: 35.